



Historia y enseñanza de la filosofía en dictadura. Una conversación con Sergio Sánchez y Carlos Martínez Ruiz

Carlos Martínez Ruiz y Sergio Sánchez
Laura Arese (moderadora)

Presentamos aquí la transcripción de una conversación con los profesores Sergio Sánchez y Carlos Martínez Ruiz que tuvo lugar en el marco del proyecto “Improntas de la dictadura en el campo filosófico de Córdoba”, el 2 de mayo de 2024 en la Facultad de Filosofía y Humanidades. El objetivo del encuentro fue reflexionar a partir de un objeto que durante mucho tiempo adornó las paredes de la Dirección de la Escuela de Filosofía: un cuadro que presenta una singular línea de tiempo. Titulada “Perspectiva sinóptica de la historia de la filosofía”, la lámina fue extraída del libro *Gráficos de la historia de la filosofía*, de Ismael Quiles y Estanislao McGregor, publicado por Espasa Calpe Argentina en colaboración con las Facultades de Filosofía y Teología del Colegio Máximo de San José (San Miguel, Buenos Aires) en 1940 e ingresado al catálogo de la Biblioteca de la FFyH en 1965. Estudiantes y docentes de distintas generaciones lo recuerdan todavía como un elemento del paisaje cotidiano. Para muchos representa, además, un modo de comprender y enseñar la filosofía que prevaleció en nuestra Escuela en el periodo de la dictadura militar, e incluso, en algunos espacios curriculares, durante algunos años luego del retorno de la democracia.

El cuadro, que desde hace algunos años se encuentra guardado en un placard de la Dirección, fue expuesto durante el encuentro, al que asistieron estudiantes, docentes y egresados. Quien lee el presente texto lo puede encontrar reproducido al final de este capítulo, como última pieza documental de la serie que seleccionamos para nuestro recorrido.

Nuestros invitados son actualmente docentes de la Escuela de Filosofía. El Doctor Sergio Sánchez se desempeña como Profesor Titular de Filosofía Contemporánea y Profesor Adjunto de Metafísica I. El Doctor Carlos Martínez Ruiz es Profesor Titular de Filosofía Medieval.

Laura Arese: ¿Qué concepción de la filosofía y de la historia de la filosofía refleja esta línea de tiempo?

Carlos Martínez Ruiz: Para mí, este cuadro representa fielmente esa perspectiva sinóptica de la historia de la filosofía que, de alguna manera, con algunas variantes, es la que me transmitieron a mí varios de mis profesores. Desde el punto de vista de la historia de la filosofía, yo diría que se origina a fines del siglo XIX. Es una interpretación contemporánea de la filosofía, vigente a partir de un documento muy importante, una encíclica del Papa León XIII, llamada *Aeterni Patris*. Esta encíclica es un documento dirigido a toda la humanidad en el que el Papa hace un llamado programático a una restauración de la (en singular) filosofía cristiana, entendiendo por tal, la filosofía católica. En orden a esa restauración, además, propone diversas acciones. Por ejemplo, la creación en distintas partes del mundo de “universidades pontificias”, instituidas en ese marco para enseñar una filosofía y una teología “corregidas”, de “los excesos de la modernidad”: el materialismo, el racionalismo, el subjetivismo, el evolucionismo... Junto con esto, León XIII encarga a la Orden de los Dominicos iniciar la edición crítica de las obras de Tomás de Aquino: un trabajo arduo que parece no haber dimensionado, porque todavía está en curso. Todas esas decisiones van juntas, porque en esa encíclica el Papa identifica la teología cristiana con la teología de Tomás de Aquino. Impuso el estudio de Tomás de Aquino en todos los Seminarios y en todas las universidades católicas del mundo, porque la suya era la teología “cristiana”, y la filosofía “verdadera”, cuya verdad no está sujeta al tiempo, es perenne: su efecto es igualmente benéfico y necesario en cualquier época y en cualquier circunstancia.

Eso llevó a un renacimiento importante de los estudios medievales desde el comienzo del siglo XX. El modo de enfrentar “los males de la modernidad” de los que habla Gilson en *La filosofía de la Edad*

Media, era recuperar la metafísica de Tomás que se había perdido, una metafísica de la sustancia, de la identidad, de lo inalterable, aunque, por supuesto, Tomás estaba lejos de semejante proyecto.

Esto dio un fuerte impulso al “neotomismo” y a la “neoescolástica”, entre cuyas primeras expresiones deben contarse las historias de la filosofía medieval más importantes de la primera mitad del siglo: las de Martin Grabmann, Ferdinand van Steenberghen, Maurice de Wulf y la de Etienne Gilson, reflejadas en este cuadro. La línea cronológica sitúa a Tomás de Aquino como la cumbre de la historia de la filosofía medieval. Todo va hacia Tomás, hacia “la síntesis tomista”, y después de él viene la decadencia. Esa decadencia tiene que ver con Escoto y con Ockham, en cuyo nominalismo comienzan a vislumbrarse, precisamente, todos los males de la Modernidad mencionados.

Así, la filosofía medieval terminó siendo uno de los capítulos claves -por estos motivos, ajenos a la historia de la filosofía, pero finalmente determinantes- para una narración de la historia de la filosofía en general.

A partir de la invitación a esta conversación, me puse a buscar y finalmente encontré de dónde sale este cuadro. Pertenece al libro de Gráficos de la historia de la filosofía, publicado en 1940 por dos jesuitas: McGregor y Quiles. Este cuadro había dado lugar a una muestra de historia de la filosofía en la Biblioteca de la Facultad de Teología donde estudié: el Colegio Máximo de San Miguel, de los Jesuitas, en 1938. Si se acercan a verlo, verán que básicamente, el cuadro se divide en dos partes, la filosofía “precristiana” y la filosofía “cristiana”.

Sergio Sánchez: Si hacemos historia, empezamos por lo que dijo Carlos, la encíclica Aeterni Patris, de 1879. Partimos de que la Escuela de filosofía se inserta en un contexto más vasto, en un proceso en que se da una lucha muy fuerte entre libertad de lectura, libertad de crítica y autoritarismo. Aquí importan ciertos hitos en la historia de la Iglesia. ¿Por qué ocuparnos de la historia de la Iglesia, de estos hitos? Por las consecuencias locales, porque la intención de estos Papas, León XIII, luego Pío X, era ir a todo el mundo, a todos los jóvenes que debían ser educados “en la verdad y el bien”, para impartir una gran lección en la que lo moral y lo teológico subsumían absolutamente toda forma de reflexión y de lectura. Cuando se impuso la

dictadura militar entre nosotros, la Iglesia tuvo un peso determinante en la decisión de qué se enseñaba y qué no.

Leo algo de la *Aeterni Patris*, para que se vea un poco qué se proponía. Es interesante prestar atención al lenguaje. Y hasta qué punto es una cosa descontada la verdad, digamos, que obviamente coincide con lo que llaman “filosofía cristiana”. Una de las cosas que dice es: “nos vemos compelidos a tratar con vosotros de establecer para los estudios filosóficos un método que no sólo corresponda perfectamente al bien de la fe, sino que esté conforme con la misma dignidad de las ciencias humanas”. En otra parte dice, “los perversos principios sobre las cualidades, cosas divinas y humanas, emanados hace tiempo de las escuelas de los filósofos, se han introducido en todos los órdenes de la sociedad, recibidos por el común sufragio de muchos”. Es, claramente, una confrontación de la autoridad eclesiástica máxima con la modernidad, con la complejidad, la diversidad de preguntas y desafíos, de investigaciones que la modernidad saca a la luz. Cuando la encíclica, ya Darwin había escrito, se hablaba ya de entropía en esta época, ni qué hablar de la teología liberal del lado protestante, que aparecía fuertemente empeñada en una perspectiva historizante. Contra esto, la Iglesia está tratando de definir las cosas que son inamovibles. Pero perdía fieles, se hablaba de la crisis de las vocaciones sacerdotales, de que la Iglesia se había apartado de la sociedad, de la vida moderna, y había que restaurar el vínculo con los fieles.

Entonces, dice la encíclica: “al presente debe esperarse principalmente del omnipotente poder de Dios y de su auxilio que las inteligencias de los hombres, disipadas las tinieblas del error, vuelvan a la verdad. Pero no sean de despreciar ni posponer los auxilios naturales”. ¿Cuáles?, podemos preguntar. Bueno, “en primer lugar, la filosofía. Si es debidamente empleada”. La filosofía es solo un instrumento. Uno puede pensar en la *Introducción a la metafísica*, de Heidegger, la primera parte de 1936, en donde Heidegger dice que decir “filosofía cristiana” es lo mismo que decir “hierro de madera”, porque el cristianismo se cree poseedor de la verdad y no va a buscarla, mientras que en filosofía se trata de buscarla, de cuestionar los propios axiomas, los propios fines. Heidegger, que no es ajeno al

catolicismo, se enfrenta honestamente a esta pretensión de fusionar fe con búsqueda filosófica.

Entonces, continúo con la encíclica: “en primer lugar, la filosofía, si es debidamente empleada por los sabios, puede ciertamente allanar y facilitar de algún modo el camino a la verdadera fe, y preparar convenientemente los ánimos de sus alumnos para recibir la revelación”. Luego dice: “pertenece a las ciencias filosóficas defender religiosamente las verdades enseñadas por revelación y resistir a los que se atrevan a impugnarlas”. “Defender”, “resistir”: es un lenguaje de guerra. Luego prosigue con lo que apuntaba Carlos, la necesidad de poner en el centro la teología de Santo Tomás como la síntesis insuperable e incuestionable. Dice, “entre los doctores escolásticos, brilla grandemente Santo Tomás de Aquino (...) consiguió vencer él solo los errores de los tiempos pasados y suministrar armas invencibles [de nuevo, el lenguaje bélico, que está por todas partes] para refutar los errores que perpetuamente se han de renovar en los siglos futuros... Es muy justo que la filosofía use de su método, de sus principios y argumentos, pero no de tal modo que parezca querer sustraerse a la divina autoridad”. La filosofía consagra así una autoridad decisiva. En realidad, acá hay está presupuesta una *quaestio* en la que Santo Tomás se preguntaba si era necesario algún conocimiento teológico, aparte de la teología natural que había enseñado Aristóteles, es decir, aparte de la conquista humana del conocimiento sobre Dios, la teología, por el uso natural de la razón. La respuesta de Santo Tomás es que sí hace falta, porque cuando la razón humana llega al límite, cuando ha comprendido todos los vestigios de Dios en el mundo natural, todavía no llega a Dios. Entonces, si dependiera de los hombres, no podría salvarse el género humano. No hay modo de llegar a Dios, si no es que este llega al hombre. Por lo tanto, la teología revelada debe ser la clave a la que se subordine toda investigación sobre lo divino y lo humano. Eso significa la fórmula “filosofía ancilla theologiae”, la filosofía sierva de la teología.

Cuando yo era estudiante, entre el año 80 y el 84, esa era la fórmula recurrente para definir la filosofía -se la dijera o no-. Filosofía en el sentido de una investigación libre, histórica, casi no había. Continúo con la encíclica: “antes constatando que las cosas conocidas por revelación gozan de una verdad indisputable y que las que

se oponen a la fe pugnan también con la recta razón, debe tener presente el filósofo católico que violará a la vez los derechos de la fe y la razón abrazando algún principio que conoce que repugna la doctrina revelada”. Acá y en otros pasajes está Darwin primeramente en la mira; la difusión de sus ideas preocupaba grandemente. Dice “primeramente, siendo costumbre en nuestros días tempestuosos combatir la fe con las maquinaciones y las astucias de una falsa sabiduría, todos los jóvenes, y en especial los que se educan para esperanza de la Iglesia, pero todos los jóvenes, deben ser alimentados por esto mismo con el poderoso y robusto pacto de doctrina para que potentes con sus fuerzas y equipados con suficiente armamento se acostumbren un tiempo a defender fuerte y sabiamente la causa de la religión (...) La misma sociedad civil y la doméstica, que se halla en el grave peligro que todos sabemos, a causa de la peste dominante de las perversas opiniones, viviría ciertamente más tranquila y más segura, si en las Academias y en las escuelas se enseñase doctrina más sana y más conforme con el magisterio de la enseñanza de la Iglesia, tal como la contienen los volúmenes de Tomás de Aquino.”. Atención al lenguaje: combatir una enfermedad, combatir una perversión, combatir el error. Es el lenguaje que tradicionalmente se aplicaba a los herejes...

Bueno, esto es León XIII. El próximo Papa va a ser Pío X. ¿Qué hizo Pío X, que nos importa? Combatió el modernismo. ¿Qué fue el modernismo? En la modernidad, dentro de la Iglesia católica se desatan fuertes tensiones en torno a la inquietud de estudiar crítica e históricamente los llamados textos sagrados: el Antiguo y el Nuevo Testamento. Estudiarlos histórica y críticamente, ¿qué significaba? Podemos decir que era proseguir, con instrumentos de la moderna historia y de la crítica textual, la labor del humanismo: Lorenzo Valla, Coluccio Salutati, Leonardo Bruni, Pico della Mirándola, Poliziano, que tomaban los textos que venían del pasado, en latín, en griego y los leían en el original con gran conocimiento de estas lenguas, son lectores apasionados que no reculan ante el adjetivo intimidatorio de “sagrados” con que la Iglesia definía los textos del Antiguo y el Nuevo Testamento. Más bien los consideran un producto histórico, materia humana, corregible, criticable, cambiante. Igualmente los textos de Aristóteles, que venían investidos por la tradición de la

autoridad del filósofo. La auctoritas significaba que su contenido se asumía sin discutir; las premisas, las verdades básicas estaban ahí, se podían comentar, profundizar, pero no discutir críticamente. En cambio, los grandes humanistas tienen una mirada mundana de los textos; ven en ellos huellas y resonancias humanas, material sujeto a examen y discusión. Piensan: Aristóteles vivió en un tiempo que no es el nuestro; hubo cosas que no conoció, no podía, y otras que no pudo entender del todo en su tiempo.

En línea con esta libertad humanista escribe Alfred Loisy, abad francés, exégeta, teólogo e historiador, en los primeros años del siglo XX. Produce estudios de la mayor calidad, en la mejor tradición histórico-crítica, sobre el Antiguo y el Nuevo Testamento, de modo que en ellos los dogmas son vistos históricamente, producidos dentro de la historia, no surgidos por la inspiración divina. Esta consideración de los textos sagrados reconoce en la modernidad antecedentes importantes. Oigan esto: “todas las dificultades en la interpretación de la Escritura derivan, no tanto de un defecto de las fuerzas de la luz natural, como, en cambio, de la negligencia, por no decir la malicia, de los hombres que descuidan la historia de la Escritura”. Así se expresaba Spinoza en el Tratado teológico-político. Nada de esto quiere ser tolerado por la Iglesia luego de la Aeterni Patris. Y Loisy lo sufrirá en carne propia.

Pío X promulga en 1907 la encíclica Pascendi Dominici Gregis. Es una condena al modernismo, que representa Alfred Loisy, el movimiento al que pertenece, en consonancia con George Tyrrell y Adolf von Harnack, entre otros teólogos fuertes del mundo protestante, que hacen historia textual rigurosa, crítica. En 1908 a Loisy se lo excomulga y se lo aparta de la Abadía y de todo lugar donde enseñaba. Y en ese marco de represión eclesiástica, nos encontramos incluso con el “juramento antimodernista”: declararse explícitamente antimodernista es algo que el Papa ordenaba que debía hacer todo el clero, los pastores, confesores, predicadores, superiores religiosos y profesores de filosofía y teología en los seminarios. En los hechos, se incitaba a denunciar a quien era modernista: “moderno” y “modernista” eran malas palabras.

Entonces, ¿cuál fue el enemigo a destruir, que fue derrotado? Mucho más que un sector rebelde de la Iglesia, el sector “moder-

nizante”, el enemigo fue la crítica textual. Esto es, una vez más, el conocimiento, la libertad de crítica, la filología como indagación de la verdad histórica, de un material histórico tratado como materia humana, no divina. La lucha contra este enemigo es lo que estaba en la base, fuertemente asumida, de todo lo que se enseñaba, salvo algunas honrosas excepciones, en la Escuela de Filosofía. En el fondo, de una o de otra manera, se estaba respetando lo que la autoridad papal y la Iglesia en su conjunto sostenían. La lucha de la Iglesia contra aspectos decisivos de la modernidad, los instrumentos de esta lucha, fueron aplicados entre nosotros, en nuestras universidades, en consonancia con el programa de la dictadura. Dentro de ese marco de pedagogía teológico-moral para conducir párvulos, por decirlo de algún modo, mucho de lo que se enseñaba era materia de clases de moral, de “buena” y dócil conducción del pensamiento.

Y eso era lo que estudiábamos prioritariamente nosotros. No había casi otra cosa. No teníamos con qué compararlo. Nos las teníamos que arreglar solos, hurgando en las bibliotecas. Cuando entramos a estudiar filosofía en 1980, pertenecíamos a un nuevo plan de estudios; no nos topábamos con nadie del plan anterior. Así que, durante mucho tiempo, eso fue la “norma”, lo normal; eso era estudiar filosofía. Después uno se fue des-engañando y “avivando” paulatinamente, pero eso es lo que predominó. Eso que estudiábamos y que está aquí en esta línea de tiempo no es “historia de la filosofía”. Primero, porque no es historia. La historia no puede estar hipotecada por a priori, por ningún tipo de ideología, metafísica, teológica o la que fuera. Y luego, no es filosofía, porque está atada de pies y manos; no admite más caminos que los que a priori se han definido como los que resulta saludable recorrer. Depende de una autoridad. Entonces, esta línea es una cronología, diría yo, selectiva e ideológicamente ordenada. Cuando digo “ideológicamente”, quiero decir como un teorema. No permite vacilar. Pretende mostrar la verdad, toda la verdad, inamovible, no criticable.

Carlos Martínez Ruiz: quería añadir que ese fue un fenómeno, para mí, característicamente argentino. El modo en que se vinculó la filosofía en las universidades públicas -no quiero imaginar las universidades pontificias- con este proyecto así llamado “Proceso de reor-

ganización nacional” por la dictadura cívico-militar, fue único. Las cátedras de filosofía antigua y, sobre todo, las de filosofía medieval, fueron verdaderos bastiones del catolicismo nacionalista argentino y, en tal sentido, del mismo “Proceso”.

Apenas comencé mis estudios de Filosofía y Teología (en la Universidad de El Salvador), me di cuenta de que tenía que estudiar de manera “clandestina”. Fue un mecanismo de defensa que aplicamos muchos en esa época. Tanto en universidades públicas como en universidades privadas. Y eso que yo cursé en la década del 80... Pero le llevó bastante tiempo a la democracia restablecer el sistema de educación pública. Mientras tanto, estaban los mismos profesores. Y ¿qué era estudiar para ellos? Seguirlos. Al igual que muchos, yo sobreviví así, preparaba lo que querían escuchar mis profesores, pero estudiaba por mi cuenta lo que yo consideraba importante y la bibliografía filosófica y teológica que no aparecía en ningún programa.

Si se fijan en este cuadro, a la filosofía medieval le hicieron un daño enorme. Más en Argentina que en otras partes del mundo. En aquél momento me presentaron la filosofía como un enfrentamiento entre tesis verdaderas y opiniones “de los adversarios”. Yo siempre estaba de acuerdo con los adversarios, que eran los tipos que decían cosas más interesantes... En medieval, por ejemplo, esos adversarios eran todos los que discutieron las tesis de Tomás (Buenaventura, Escoto, Ockham); pero también la llamada “filosofía árabe” y la filosofía judía, que no formaban parte de la historia de la filosofía, tal como pueden apreciar en el cuadro, porque están fuera de la línea. Tanto el cardenal Primatesta como el General Videla (que pronunció la conferencia inaugural del Primer Congreso Mundial de Filosofía, realizado en Córdoba en 1980) afirmaban que los argentinos “somos occidentales y cristianos”. En realidad, Tomás, al igual que sus colegas, aprendió Aristóteles con Avicena, con Averroes. La autoridad exegética de “los filósofos árabes” no fue en absoluto un problema en la Edad Media.

Laura Arese: La segunda pregunta que queremos hacerles tiene que ver con algo de lo que ustedes ya están hablando ahora, que es la enseñanza. **¿Cómo esta concepción de la filosofía y de su historia de la que hemos hablado se plasma en prácticas de enseñanza, en**

programas de estudio? Con el equipo de “Improntas de la dictadura...”, hemos estado trabajando bastante con dos reformas del plan de estudio que se hicieron en la Escuela de Filosofía, una en 1976, sin llegar a implementarse, y otra en el 78, que sí se implementó y que dio lugar al plan que continuó hasta el 86. Lo que queríamos conversar con ustedes tiene que ver con las concepciones de enseñanza que estaban detrás de esos planes. Es decir, nos interesa no solamente mirar los contenidos que se enseñan, que son quizás el lugar más obvio en el que se puede buscar cómo esa concepción de filosofía se transparenta, sino también la forma de organizar las materias, las prácticas de lectura, la enseñanza.

Sergio Sánchez: quiero subrayar lo que dijo Carlos, con lo que acuerdo: que entre nosotros se ha perdido la importancia de la historia, de la lectura histórica. La lectura histórica evita tomar el texto como un estímulo para una libre especulación o (solo) como objeto de una reconstrucción general de argumentos y quedarse allí. Busca comprender la alteridad que los textos representan, en toda su complejidad, la que no se ordena siempre por las preguntas que nos inquietan a nosotros, a la distancia del tiempo. La lectura histórica, en general el estudio de la historia, nos confronta con la alteridad de los textos y sus contextos, que no se abren a la comprensión si no tomamos los debidos recaudos, digamos, como para ponernos a nosotros mismos a un lado y no proyectar en ellos nuestras preguntas e intereses.

Eso es una cosa importante, básica sin dudas, pero que no existió casi en la Escuela de Filosofía, por lo menos mientras yo estudié, y es algo de lo que no tenemos tradiciones fuertes, definidas y consolidadas en Argentina. Hay países donde el estudio histórico de la filosofía se da por descontado y se piensa que, como decía Garin, que hacer bien historia de la filosofía es hacer filosofía. Entre nosotros hay más bien un eclecticismo de tradiciones. En cualquier caso, la conciencia y el sentido históricos no existía prácticamente en nuestra Escuela. Con todo, en esos años -que cuanto más avanzaban, más uno se daba cuenta de lo oscuro que eran, porque más disponía de con qué compararlo- hubo gente, y quiero decirlo porque tengo una deuda de agradecimiento, que no eran funcionales al ambiente y ha-

cía algo diferente. Pienso en un profesor, Daniel Vera, que dio clase de Lógica en determinado momento y luego de Filosofía del lenguaje, con quien leímos otros textos, algunos prohibidos. Por ejemplo, Chomsky estaba prohibido. En el año 81 leímos La realidad subyacente del lenguaje de Jerrold Katz. Una exposición de Chomsky de principio a fin, que comentábamos y discutíamos en la Escuela, o en la casa de algún compañero/a. No era Chomsky, pero eran sus ideas. Daniel hizo algo silencioso y modesto, como abrirnos las puertas a textos y temas, cuidando que el compartirlos no diera en la cerrazón de las palabras últimas, el remate ideológico simplificador. Así, leímos con él por primera vez a Spinoza, que casi no se lo enseñaba, a Popper, cuya tesisura escéptica es parte de lo mejor que retengo de mi época de estudiante. Creo que su docencia subrayaba el que en la realidad y en el pensamiento no hay blanco ni negro, no hay nada puro y no mezclado. Y que pensar debe hacernos capaces de aprender esa complejidad que exige, entre otras cosas, que uno se saque del medio, se vea desde fuera, se ponga en suspenso y acepte que no puede tener fácilmente certezas. Y aprender eso es posible solo si nos pensamos, si somos capaces de ponernos en contra de nosotros mismos, no si solo vamos por el lado de lo agradable y no crítico. Se entienda esto como parte del “cuidado de sí”, o como “casuística del egoísmo” o como se prefiera, es algo que siempre ha estado ligado a la filosofía. Solo no fue previsto en nuestra Escuela mientras estudié. Pero lo entrevistamos -hablo por mi experiencia, pero creo que mis compañeros coincidirían conmigo-, gracias a Daniel Vera.

Carlos Martínez Ruiz: como un aporte para el proyecto de “Improntas de la dictadura...” y con relación a la enseñanza de la filosofía medieval en tiempos de la dictadura, quisiera señalar la relevancia del profesor Caturelli. En ese marco, es importante, me parece, estudiar el fenómeno del nacionalismo católico argentino. Yo no me dediqué a estudiarlo, pero el cóctel que se armó acá, en Córdoba, encontró un terreno fértil que atraviesa las discusiones sobre la universidad, la enseñanza laica o religiosa, y que operó como un sustrato cultural muy fuerte. Había distintas vertientes políticas dentro del catolicismo, pero la asociación del nacionalismo, el catolicismo, la filosofía

tomista, el hispanismo y el antisemitismo jugó un rol notable en aquellos tiempos.

Sergio Sánchez: claro, a eso hay que sumar los intelectuales franquistas que pasaban por aquí, por Argentina, por Córdoba, algunos con vinculación con la Embajada. Ellos tenían como misión dar temas hispánicos, en línea con la defensa de la hispanidad, como por ejemplo la de Ramiro de Maeztu, en La defensa de la hispanidad, que era como una especie de evangelio del mundo hispánico. Después también tuvimos el antisemitismo. Carlos Disandro, filólogo de La Plata, creador de la CNU (Concentración Nacional Universitaria), tío de Hilda Disandro, la profesora que dio clases de Filosofía antigua como docente interina en nuestra Escuela hasta por lo menos 2010. Todos ellos representaron en el país una corriente de extrema derecha surgida de Tacuara. El referente intelectual fue siempre Disandro. Otro pensamiento de derechas fue el de Nimio de Anquín. Más de una vez algún alumno me ha preguntado: “profe, ¿qué piensa de tal y cual cosa de Nimio de Anquín?” He respondido invariablemente que tiene libros de cierto interés que uno puede leer (como Ente y Ser), pero que conviene leerlos junto con los escritos políticos y atendiendo a su contexto histórico amplio, para ver cómo son coherentes con ellos y poder apreciar, con perspectiva histórica, el alcance y la significación de su posición. Luego, Caturelli, titular de Filosofía Medieval en la Escuela. ¿Cuál era el filósofo francés, más estudiado por Caturelli, para su formación, como quien dijera, política? El creador de la Action française, Charles Maurras. Y todo eso estaba en el trasfondo, o no tan en el trasfondo, de la enseñanza de la filosofía en nuestra Escuela.

Carlos Martínez Ruiz: me parece importante retomar esta experiencia de una “formación de supervivencia” en la Universidad, no sé cómo decirlo. Creo que tiene mucho de bueno. De una parte, porque los profesores no solamente enseñamos (algunas veces), lo que hay que hacer, sino muchas de las cosas que no hay que hacer, que hay que evitar. Eso se da en todas las épocas, y los estudiantes universitarios tienen que generar anticuerpos, estrategias de defensa. Por otra parte, rescato de esa experiencia, el hecho de que uno lo hacía

sin planificar, espontáneamente. Te encontrabas haciendo eso, leyendo a escondidas o por tu cuenta lo que realmente necesitabas aprender. Acompañado, además –y lo voy a decir, aunque me cueste nuevos tiros por elevación del Profesor Sánchez– por una música progresiva nacional que ayudaba siempre, que ahora no existe más, y que era parte vital de esa clandestinidad. Con Manal, por ejemplo, (risas) todo el tiempo estabas contrastando valores, formas de vida, convicciones. Imagínense, desde la primaria, en la escuela, en la iglesia, desde el estado, casi todo el tiempo y de muchas maneras te decían que eras una porquería, que por ser joven eras sospechoso de todo... y, de repente, sale un disco que te señala como Alma de Diamante y abre las puertas a otra cosa, completamente distinta. Era oxígeno para un estudiante argentino. Lo digo de verdad y no sólo por ser fanático. Había un clima cultural muy por fuera de la academia que, en mi caso, fue sumamente saludable. Un llamado permanente al espíritu crítico, por lo menos.

Esa autonomía, ese leer por uno mismo, esos vinos, esas lecturas compartidas, valen muchísimo más de lo que parece. Hacer y rehacer el mundo, encontrar cómplices para la lectura, para la discusión, escuchar otras voces, es parte importantísima de la vida académica. Fue parte de la nuestra, a mucha honra. Y debería formar parte de la de todos.

Laura Arese: la última pregunta que queríamos hacerles tiene que ver con eso. Ustedes no sólo fueron estudiantes de la dictadura, sino también profesores de la democracia, y todavía lo son. Esta historia de la filosofía representada en este cuadro, que como explicó bien Sergio en realidad no es ni historia, ni es filosofía, **¿tuvo efectos, tuvo persistencias, tuvo influencias en lo que vino después?** Estamos pensando no solamente en continuidades, sino también en efectos, quizás por reacción. **¿Hay marcas que nos hablan hoy de esa historia, marcas en el modo en que hoy hacemos filosofía y enseñamos filosofía en la universidad? ¿Y qué podemos hacer con eso? ¿Cuáles creen que son ustedes nuestros desafíos para con el presente en relación a este pasado?**

Sergio Sánchez: A los estudiantes yo les suelo decir que es importante conocer los Evangelios y el Antiguo testamento, y, naturalmente, me miran raro. Sí, se los digo yo, que no soy creyente. Pero, ¿cómo hace uno para comprender Heidegger, Nietzsche, Kierkegaard, importantes páginas de Wittgenstein; para comprender aspectos básicos de la cultura dentro de la que estamos, si uno no conoce esos textos, más que en las versiones de oídas, adulteradas por la simplificación catequística y eclesiástica? Pero, además, yo sería partidario, sin ser creyente, de que el cristianismo, no hay que dejárselo a los curas ni a ninguna iglesia. Pertenece a la historia de la humanidad y hay cosas dignas de atención, dignas de ser tratadas con la voluntad de entender de qué se trata, qué hay ahí. Pero culturalmente, lo que se asocia con cristianismo ha sufrido todas esas traducciones a caricaturas que alguien crítico no puede mantener. Por eso creo que se trata de salir de la disposición de las cosas que ha introducido la guerra -de la iglesia con la modernidad, por ejemplo-, y que ha configurado el espacio en el que estamos. ¿No es eso la lectura crítica: ejercicio de libertad, para ir en contra de las modas o de esa consolidación de los significados que no advertimos como construcción histórica, sujeta a múltiples erosiones y mutaciones, no definitiva y que tomamos como una cosa natural? El ataque al modernismo a que antes me referí tuvo ese sentido. Atacar la libertad de investigación. A mí me parece que, si nos dedicamos a pensar, hacerlo bien tendría que dar por resultado que a priori no le reconozcamos autoridad o realidad a nada que no hubiésemos explorado justamente como una materia histórica, cambiante, humana, contingente, a ser examinada, a ser sometida a crítica, una crítica responsable en la que, primero que nada, seamos críticos respecto de nosotros mismos, sin esperar ser automáticamente corroborados.

Carlos Martínez Ruiz: respondiendo a la pregunta: sí. Hasta el día de hoy, en la enseñanza de la filosofía medieval, encuentro muchas huellas de eso, en generaciones que no mamaron eso, que no aprendieron eso. Pero ya todos de alguna manera vienen “sabiendo” algo de eso. Aunque no hayan leído nada de filosofía medieval, ya “saben” que es filosofía cristiana, que es latina, que está fuertemente condicionada por la religión y que, básicamente, trata de las rela-

ciones entre la razón y la fe. Eso que escuchás en el año 2024, que supuestamente proviene del siglo XIII, en realidad, es la respuesta que dio la neoescolástica en el siglo XX al texto de Heidegger que decía que hablar de “filosofía cristiana” era una contradicción en los términos. Esa respuesta fue hacia atrás y ahora viene hacia adelante. Sigue siendo necesario desmontar ese prejuicio infundado para que los estudiantes puedan estudiar y aprender filosofía medieval, para que al menos se acerquen libremente a esa producción teórica. Y cuesta muchísimo. Es una especie de inconsciente colectivo que ha quedado ahí. Quedó concentrado, me parece, en la filosofía medieval, y probablemente no haya tantas marcas en otras materias o en otras historias.

Después hay otra cosa, y es que cualquier estudiante de la Escuela de Filosofía se esfuerza sin problema por aprender a decir “tò ti ên eînai”, “tò ón”, “hypokeimenon”, pero se topan con nombres como ibn Rushd, o expresiones como al-anniyya... y no los leen, los saltan. Tienen que leer “Ibn Gabirol” (un autor judío), y lo evitan porque les cuesta, pero no les sucede lo mismo con nombres griegos como “Anaximandro”, “Parménides”, “Empédocles”, aunque no resulten ni más fáciles de pronunciar ni menos raros. Y eso es una traba, porque son autores o conceptos importantes.

Sergio Sánchez: Coincido: poner distancia para leer bien, hechos, libros, lo que se trate, es algo que no fue una prioridad en nuestra formación. También están las modas. Algo se convierte en una moda en Francia o EE.UU y llega acá y se lo traduce rápido, por conveniencia comercial de las editoriales, mucho más que por la importancia y la calidad de los contenidos específicos. Y nosotros lo tomamos, ignorando las críticas que ha recibido en su ambiente de origen, porque no nos ocupamos del contexto: lo leemos des-historizado. Bueno, frente a la moda, solo el espíritu histórico y crítico presenta alternativas serias, de formación.

Venía pensando, porque alguno me preguntó, cómo era la época en que fui estudiante, la relación con los profes, etc. Quien me hizo la pregunta suponía que era gente feroz, completamente inhumana, con vínculos férreos con los militares... Pero no. Eran pocos quienes uno imaginaba así. Me quedé pensando cuál era la característica de

la gran mayoría, de casi todos, en ese momento. Diría: no amaban buscar, preguntarse; ninguna pasión por comprender, por conocer, por leer. Sus bibliotecas eran dogmáticas y chiquitas, cuatro o cinco títulos repetidos una y otra vez. Era gente mediocre. Me parece que esto era evidente y se me ocurre que puede ser una lección para nosotros. Porque la mediocridad es siempre un peligro vivo para todos: no hace falta una dictadura para consolidarla en un ambiente determinado. Basta distraerse de lo que es prioritario cuidar y conservar... Borges decía que, a ciertas cosas, como la poesía, la música, no se las enseña, sino que se contagia el amor por ellas. Bueno, esa gente no podía contagiar nada, no tenía ese amor. Salvo excepciones como la que mencioné antes, no recordamos a profes que nos hayan prestado un libro, o que generosamente se hayan quedado después de clase charlando con nosotros.

Yo venía pensando esto: para nosotros, en nuestra Facultad, no está del todo cerrada la posibilidad de crear ambientes académicos mediocres, llenos de competencia y mezquindades, en los que los estudiantes se muevan como entre cotos de caza. Un escenario de competencia y de guerra, a medida del peor mercado extendido a la vida académica. Podríamos propiciar algo así sin habernos puesto de acuerdo; es bastante fácil, porque no hay que hacer nada, solo olvidar paulatinamente qué nos hizo inscribirnos en filosofía (presumiblemente no la ambición económica) y descuidar progresivamente el crear formas humanas de convivencia en un tiempo de tanta inhumanidad, en que tantas fuerzas conspiran en sentido contrario. El cuidado de lo que inicialmente nos ha reunido y que compartimos con cada generación de jóvenes que se inscriben en nuestras carreras ofrece hoy muchas dificultades. Es parte de lo que nos pasa a nivel de país. Y eso es materia para pensar. No como quien trata un tema entre otros teóricamente, sin consecuencias, sino para ver qué hacemos con nosotros mismos en el seno de las humanidades, si de veras queremos “vivir una cultura diferente”. Nada de esto había en mi época de estudiante: reinaba la mediocridad.

Carlos Martínez Ruiz: Yo quiero hacer mi final breve. Durante una clase de teología en aquellos años, un profesor defendió la tortura. Yo lo escuché: eso lo escuché yo, en clase. Y dio argumentos. El fa-

moso argumento del terrorista que pone una bomba en el edificio, solo él sabe dónde está, y se niega a confesarlo. Ese argumento yo lo escuché en una clase de teología, y dicho con un tono de voz suave, tranquilo, no como un fervorín, sino con una voz agradable... Nunca me voy a olvidar de esa clase, se dio una discusión iniciada por mí (que pagué bien cara), pero lo que me impresionó terriblemente fue la frialdad, la suavidad con la que se podía decir y justificar eso. Me produjo mucha angustia esa clase. Muchas veces tuve la sensación, en clases de filosofía o de teología, que el aula universitaria era un lugar donde el profesor -el profesor, porque profesoras casi no tuve- se podía descargar contra todo el mundo, criticar, dar argumentos en contra de todo; pero argumentos y razones que no podían atravesar la puerta del aula, que no se bancarían una charla de bar, un vino, la calle, el pensamiento, u otras sedes académicas.

Creí que eso no lo iba a vivir nunca más. Hasta que el año pasado, en esta misma aula; el último día de clase de Filosofía Medieval, en el segundo semestre, yo tuve que decir, con la misma sensación de estar perdiendo pie: “ojo, que todo esto que hemos logrado se puede terminar... Esto que estamos viviendo: la universidad pública, gratuita, entendida como un espacio de intercambio, de libertad, de construcción colectiva, de saber... efectivamente se puede acabar”. Tuve que verme en la situación de tener que hablar de eso y de ese modo, reconociendo que esa podía ser mi última clase en una universidad pública... o en la universidad pública como la conocimos, aún en tiempos de la dictadura. Me parece que vivimos tiempos en que ser estudiante de filosofía y ser profesor de filosofía es un gran desafío histórico, político, intelectual, espiritual, no sé cómo decirlo... del que somos responsables, sin recetas.

Laura Arese: muchísimas gracias.

Documento 5.

Gráfico “Perspectiva Sinóptica de la Historia de Filosofía”



[illegible]

Click para acceder a la imagen en alta definición